

recogimiento de espíritu cada vez más profundo. Mas cuando volvía á abrir los ojos para fijarlos de nuevo en el Baphomet, me decía á mí misma:— No ¡Dios mío! Vos no podeis ser como esa espantosa imágen que esculpieron manos ignorantes y á la cual atribuyen sus autores una leyenda para dar algun valor á su obra. Vos mismo sois, ¡Oh Dios bueno! el protector de vuestros fieles hijos, que no este pedruzco mal desbastado, que mi razon se resiste á creer sea obra vuestra. Día vendrá en que transformeis tan horrendo bloque en estátua deífica excelentemente admirable, y será ese un milagro que sirva como de punto de partida para designar el comienzo de la éra de la luz que habrá de iluminar á todos..... Decidme, ¡oh Dios mío! decidme que no me engaño: haced que así suceda!.....

Transcurrían miéntras tanto veloces los minutos, transcurrían tambien las horas, y ni el menor ruido llegaba hasta mí de afuera, no teniendo por lo mismo absolutamente nada que me sirviese para medir el tiempo. Sin embargo, mi confianza no desmayaba, sino que ántes bien, abundando en ella, aguardaba yo el momento de la aparición.

En esto comienzan á abultarse las diminutas llamas, que como que brotan ya más vivas de los espesos muros, y comienzan tambien á iluminarse el pavimento y el plafond, como las paredes..... Entónces siento un calor intenso, pero no molesto, un calor que ni siquiera sudor provoca, y lle-

ga un momento en que me veo rodeada de llamas completamente: pero de llamas que no consumen, de llamas que no hacen más que lamer suavemente el asiento en que me hallo y mis vestidos sin quemar nada..... Me imaginé en ese instante hallarme en medio de las divinas llamas, y mi corazon se abrasaba de amor por Lucifer..... ¡Infame! ¡Cuánto me engaño!

Estalló de repente el rayo, seguido de un ruido que, una tras otra, retumbó tres veces con gran rapidez; despues oí otro ruido, y por último dos consecutivos, pero con una violencia extraordinaria. A la vez sentí en el rostro cinco soplos ardientes, y vi tambien cinco espíritus, cinco génius de radiante hermosura que se cernían en el espacio por el sitio donde se levantaba la estátua del Baphomet, la cual había desaparecido ya en aquel momento. Los cinco espíritus ó génius eran alados y vestían blancas túnicas largas y flotantes, formados en circunferencia y con las manos extendidas hácia el sitio del Palladium, ya vacío. Por último, oí otro ruido más formidable que los anteriores.

¡Llegó el momento deseado! Por fin ví á Lucifer frente á mí, sentado en un trono de diamantes, sin haberseme anunciado su aparición por medio de movimiento ni ruido de ninguna especie. Yo no le ví cómo surgió ó se levantó, y no parecía sino que él, no el Baphomet, era quien había estado constantemente en aquel lugar.

Con profundo respeto hice ademan de arrodia-

llarme delante de él, pero detúvome con otro ademán suyo, y me dijo:

—Sigue en pie, querida hija mía, que el doblar la rodilla es humillante, y yo no humillo á los que amo y de quienes soy también amado.....

Ahora comprendo toda su impostura. ¡Gracias, oh único verdadero Dios, que iluminásteis mi entendimiento para que conociera las trapacerías de Satan!

Soberbio estaba el engañador supremo, y acababa de aparecérseme tal como yo había deseado verle. Imposible me sería describir la hermosura varonil con que se me presentó en aquel inolvidable día. No tengo palabras con que dar idea de aquel esplendor imponente y arrebatador, ni hay tampoco punto de comparación posible con las célebres estatuas de Apolo, ni otra alguna, por muy bien acabada que se la suponga.

Desde la cabeza hasta los pies, únicas carnes que se le veían, así como las manos, tenía un vestido de tela de oro, ó mejor dicho de deslumbrantes oros que en agradable y armónica variedad aparecían de mayor magnificencia aún. Imagínese el lector una especie de cota de malla ó una envoltura formada de partículas de oro del tamaño de una perla comun, todas ellas de oro rojo, amarillo y verde indistintamente, entremezcladas y movibles, pero dejando ver bien dibujadas las formas irreprochablemente académicas y produciendo un efecto de riqueza celestial, todo aque-

llo que un artista amante de lo suntuoso puede soñar de más fastuoso y á la par más bello.

¡Ah! ¡cuán extraviada estaba yo! ¡Cómo era víctima del error, creyendo ver en Satán un dios y dándole en mi ciega adoración el título de divino maestro!... Sirva mi llanto para lavar la ceguedad de mi padre á quien debí semejante obcecación, que una Santa de Cristo vino á curar al fin!... ¡Maldito seas, Lucifer, por tantas almas como por tus mentiras pierdes!... ¿Tú, el divino maestro?... ¡Rebelde más vil que el más mísero esclavo; menguado más degradado aún que las infamias, obra tuya, ¡maldito, maldito seas!

Harto me engañó, sí, el rey sobrenatural de la impostura. Más adelante hablaré del género de educación que recibí, y entónces se comprenderá mejor que cualquiera, en mis circunstancias, habría caído en el mismo lazo.

Allí estaba Lucifer exactamente como había yo deseado verle.

Ahora estoy mirando cuán insondables son los designios del Altísimo; porque el Altísimo, Señor mío para siempre, permitió que su inmortal ene-

migo, se me apareciese hermoso y bueno. ¿Por qué esa licencia á Satanás? Ah! Quería sin duda el Omnipotente que algun día pudiese yo dar testimonio de la verdad, y era necesario que viese yo las hondonadas terrestres del infierno. «Obra á tu modo, príncipe de los condenados; entrégate á tu mentira; desplega y emplea todos los medios sutiles que te sugiere tu perversidad. Y pues que los hombres no van camino de la verdad y desprecian á la Iglesia de Jesucristo, mi divino Hijo (1), funda enhorabuena á tu sabor y organiza la tuya y tu culto como mejor te plazca, ¡oh Satanás! que por lo ménos llegará mi hora y hasta de las últimas profundidades de tu abismo saldrán voces para decir al mundo lo que tú eres.»

Para demostrar Dios la importancia de la salvacion, puso en otro tiempo á Job en manos de Satanás, con la condicion de que no había de intentar contra la vida del varon justo; con distinto objeto, Dios permitió tambien que me hubiese yo visto en las circunstancias á que debí la ceguedad de espíritu en que viví largo tiempo, y acogiéndome con su infinita bondad bajo su paternal proteccion, preservó lo que es aún más precioso que la vida misma. ¿Cómo, pues, no llamarme hija vuestra, ¡oh Dios mío! cuando se ha ejercitado en mi favor vuestra gracia tutelar manifestándose como amor del más tierno padre?...

(1) El original francés dice: «...l'Eglise de Jésus-Christ mon Divin Fils.—N. T.

Allí estaba, vuelvo á decir, el Otro, el Bajísimo, cobijándome con su mirada y creyendo yo ver una expresion de ternura en ella ... Ah! no, Satanás, tú no alcanzas á ver en el porvenir sino lo que Dios, tu Señor, tiene á bien permitirte que veas: que si hubieses adivinado cómo no para siempre había de ser tuya, jamás me habrías mirado ni contemplado como en aquella vez lo hiciste.

Por de pronto, me sentí turbada, confundida, y temblaba yo; mas no de miedo, sino de emocion, de la emocion que se habia apoderado de mí y me sacudía. Aquel era por entónces mi dios, á quien sobre todo amaba con mi fervor burlado, y nada absolutamente me había hecho caer en la cuenta de su malicia, de su hipocresía, de su odio á la creatura humana, de su envidia al hombre, de su espantosa perversidad.

¡Cuánta no es ciertamente su hipocresía! Nunca en su mentira podría llegar el hombre á tan alto grado de criminalidad, como lo vamos á ver ahora mismo.

Comenzó por darme ánimo con un acento de la más exquisita dulzura que me llegaba hasta lo profundo del alma, que me encantaba pasada ya la primera impresion que me causó su repentina presentacion.

—Hija mía muy querida, me dijo, mucho te he distinguido entre todas y quiero que ninguno de mis fieles suscite contra tí la menor oposicion. Grandes son mis designios con relacion á tí. Nada temas, pues, que mi pensamiento te inspira.

Estas palabras me alentaron.
— ¡Oh Dios todo bondad y todo amor! le respondí. No sé cómo demostraros mi agradecimiento. Yo emplearé siempre para vuestra gloria los dones intelectuales que debo á vuestra omnipotencia divina y que cultivó la enseñanza que recibí de mi padre; pero aumentad constantemente la intensidad de las celestiales luces en mi entendimiento, á fin de que desempeñe yo con más acierto la misión de apostolado que me confiáis... Señor adorado, ¿estoy en lo justo negándome á apuñalar el pan eucarístico en que pretenden los adonaitas ver á su Cristo crucificado? ¿No tengo razon para considerar como aberracion ese acto de hostilidad ejecutado contra un ázimo inofensivo?... Admitiendo como cierto que en virtud del pacto del Tabor haya comunicado el Dios malo como patrimonio su divinidad á Jesus, que os negó, no pudo haberle concedido la ubicuidad, puesto que la ubicuidad á nadie pertenece, ni al mismo Sér Supremo, segun me lo explicó mi padre. ¡Quimera, invencion sacerdotal de los malos, mentira engendrada por el orgullo de Adonai que se intitula único Dios! La ubicuidad es opuesta á la razon. Porque tal como se me enseñó, hay dos cielos, que son el vuestro y el de vuestro inferior rival: luego no pueden coexistir ámbos por mútua é infinita penetracion; ni Adonai ni vos mismo, adorado Señor, podríais estar en todas partes. En este momento estáis aquí, estáis en mi presencia, os veo, es un favor inmenso que me concedéis regalándo-

me con vuestra presencia real y tangible, á mí, que os amo con todas las fuerzas de mi corazon: luego no estáis en todas partes. Tenéis la personalidad suprema, y la personalidad excluye la ubicuidad... ¿Me engaño por ventura, Dios de bondad? Si estoy en un error, ilustradme.

Esperaba yo sin ansiedad su contestacion.

Cruzó los brazos sobre el pecho, clavó en mí una penetrante mirada, y transcurridos algunos momentos de estar observándome con atencion, desplegó de nuevo los labios y me habló en estos términos:

— La fé, hija mía, debe ser inseparable de la razon, porque si está en pugna con ella, es una fé errónea. Escucha siempre á tu razon. Sí, aquí estoy, mas para tí solamente, y no estoy mas que aquí. Sí, lejos de ser realmente atributo divino la ubicuidad, es pura y loca invencion, hija del orgullo. Sí, hay dos principios eternos, el Bien y el Mal, que constituyen la esencia del ser, que son la divinidad, y el más alto de los cuales, ó sea el bien, que es la luz, es el Sér Supremo, y el otro es inferior, es tinieblas. Sí, cada uno de esos dos eternos principios tiene distinta personalidad, y por eso luchan entre sí y se agitan el uno contra el otro, lo cual no acontecería si se absorbiesen y confundiesen en uno, gozando juntos la posesion de lo infinito. Así, pues, personalidad suprema, sí; ubicuidad, no, no, no! Estáis en lo cierto, amadísima hija mía... Ni Adonai ni su Cristo se hallan en los millones de ázimos, eucaristía de los supersticiosos, puesto

que racionalmente ni el Cristo ni Adonai pueden estar en muchos lugares al mismo tiempo; y así, la eucaristía no es más que símbolo de la religion del error. Por consiguiente, apuñalear la hostia adonaista imaginándose el que lo hace que hiere al Dios Malo y á su Cristo, es debilidad de espíritu, hija de un buen deseo, sí, pero siempre debilidad mental: despréciala hoy y persevera en tu santa opinion, que llegada la hora tú serás quien rectifique las interpretaciones que erróneamente se dan á los dogmas de la santa religion; para tí será esta honra. . . . Compréndelo bien, hija mía: nadie recibe la luz más pura sin algo de oscuridad, pues son raras las almas escogidas. Adonai es quien debilita hasta entre mis mismos fieles los entendimientos; él, quien inspira á muchos el absurdo odio contra aquellos ázimos, haciéndoles creer de ese modo en su ubicuidad, que es el primer paso para la creencia de un solo dios. Ten paciencia, Diana, predilecta mía entre todas. Ordeno yo que seas mi gran sacerdotisa y que nadie se oponga á las interpretaciones que dieres tú á mis dogmas. Vé, buena amiga mía, vé, que mi pensamiento es el que te guía.

Luego que concluyó de hablar, le pregunté cómo no habría yo creído poseer, si así podía expresarme, la infalibilidad luciferiana.

Hasta ahora he venido á comprender los embustes de Satanás, así como todos comprenderán que hipocresía como la suya no puede ménos que ser sobrenatural.

Convencida ya de la existencia de un solo Dios, creo en su ubicuidad; creo en su presencia real en todas partes; creo que tambien está presente en el augusto Sacramento delante del cual me postro al verle expuesto en la modesta capilla de un monasterio. Por tanto, ruego á los nuevos amigos que se regocijan de mi conversion, cesen de dirigirme largas cartas demostrativas, donde se discuten puntos acerca de los cuales ignoran mis benévolos corresponsales el verdadero estado de espíritu en que me encuentro. Por ningun principio quiero chocar con la fé de los buenos y dignos católicos, y por lo mismo no debo exponer en un escrito destinado para el público las dificultades que todavía me quedan, y para desvanecer las cuales pido á todos que me tengan presente en sus oraciones. Sufro aún, sí, en cuanto á algunos puntos, porque no se halla nada más doloroso que la duda. Mas si fuese yo á descubrir en estas *Memorias* el estado de mi espíritu, quizás sembraría, sin quererlo, el gérmen de esta horrorosa duda, y mi lealtad me impide hacer semejante cosa. ¡Que ni involuntariamente siquiera sea yo causa del mal ajeno! oh Dios mío, á quien bendigo! Habeisme arrancado de las garras del Demonio: ántes morir mañana mismo que correr el riesgo de echar una simiente herética en las almas que tienen la inmensa dicha de poseer toda la verdadera fé! . . . Mis últimas dificultades las escribiré en forma de exposicion privada y por duplicado, para someterlas al exámen de dos teólogos amigos míos en quienes tengo ab-

soluta confianza. Miétras tanto, déjeseme combatir á la infame secta y á sus infernales inspiradores, á quienes serví ay! de instrumento. El primer combate está en descubrir las ruindades, los crímenes y los prodigios de trapacería, obras todas de una astucia diabólica consumada.

Orgullosa y feliz creíame en aquel entónces con haber escuchado las palabras que acabo de transcribir, las cuales, salidas de unos labios para mí divinos, llenaban mi alma de un júbilo inexplicable, pareciéndome que si también las escucharan Pike y los Jubilados, habría de subir de punto mi felicidad.

¿Por qué se habían retirado de allí? ¿Me habían de creer si les repetía lo que el Dios Bueno me había dicho?

Mas qué es esto! . . . Vuelvo la cara y ¡admiraos! veo que también están allí todos ellos, los once juntos. ¿A qué hora habían vuelto á entrar? Ningun ruido de puerta ni de pasos oí miétras estuvo hablándome Lucifer. . . . Como quiera que fuese, era seguro que acababan de escuchar sus últimas palabras, puesto que los ví inclinados en actitud de sumision á las órdenes del Excelsus Excelsior.

Este insistió y dijo:

—Acércate á mí, vicario mío, y vosotros los demás oidlo bien.

Dijo esto en tono de mando, y todos se inclinaron más y Alberto Pike dió dos pasos.

—Yo, prosiguió Lucifer, el más alto Dios Altí-

simo, soy quien os habla. Esta hija es mi predilecta, á quien consagro como mi gran sacerdotisa. Yo la inspiro, y ella será el órgano por medio del cual comuniqué yo mis mejores pensamientos. He comisionado á Asmodeo para que la guarde. Véasela por todos con gran respeto.

Entónces aumentaron sus proporciones las llamas que me rodeaban por todas partes, y aunque todavía sentía yo estar pisando el suelo ya no le veía, como no veía tampoco las paredes ni el plafond. Lucifer, Alberto Pike, los diez miembros del Serenísimo Gran Colegio y yo estábamos dentro del fuego; pero era un fuego que distaba mucho de semejar el de un incendio; un fuego que no quemaba; un fuego de llamas verdes y largas que no producían chisporroteo, y sí suma claridad.

Llegó por fin un momento en que ya no me pude tener en pié. . . . ¿Qué sucedía? Que iba yo hundiéndome, pero solamente yo, no los demás, y conmigo iba hundiéndose también el Dios Bueno, que ya no estaba sentado en su trono de diamantes.

¿Para dónde íbamos bajando de aquella guisa, rodeados sin cesar de llamas? . . . Sentí la misma impresion que si hubiese caído en el espacio, é instintivamente cerré los ojos.

Los abro de nuevo; pero ¿dónde estoy? . . . Nada veo en torno mío que me recuerde al Sanctum Regnum, sino que de pié me encuentro en medio de un florido verjel y junto á mí, maravillosamente hermoso, á Lucifer, más hermoso aún que poco há. El sitio es admirable, y en él ostenta la

Miss Vaughan.—T. I.—9.

naturaleza las galas de uno de los días mas deliciosos, de esos días magníficos en que aparece ataviada con el brillo de una sonriente y embalsamada vegetación.

—Quiero, amadísima hija mía, díjome el Dios Bueno, quiero darte una prueba de mi particular predilección y de mi omnipotencia, haciendo porque conozcas bien cuán abominable es Adonai, mediante dos espectáculos que presenciarás con tus propios ojos, para que te convenzas de su inferioridad con respecto á mí.

—Señor adorado, nada habrá que pueda hacer más firme mi convicción, le respondí: sé que con toda verdad sois el Sér Supremo, el Altísimo más alto, y que venceréis al último á vuestro odioso rival.

—Sí, replicó él, conocida me es tu inquebrantable fidelidad; pero siendo tú mi predilecta, quiero que presencias una derrota de los maleakhs; que ya verás en seguida cómo reina Adonai.

—Hágase como lo quereis, Señor á quien adoro. Amo á vuestros ángeles de luz, y no temo ni á los maleakhs ni á su rey.

Al decir yo esto, bajó del cielo una nube de génius del fuego trayendo á su cabeza aquellas falanges á Asmodeo mi desposado, quien al llegar dobló una rodilla y se dispuso á recibir las órdenes de Lucifer.

[[[—Te he traído á la region del Edén, dijo el Dios Bueno dirigiéndose á mí. Allá abajo está el Paraiso Terrestre que habitaron Adan y Eva...

¿le ves?—y señalaba con el dedo un punto lejano del horizonte.—No hay sér humano que pueda penetrar en él, porque todas sus entradas están guardadas por legiones de maleakhs. Pues bien, delante de tí vencerá Asmodeo á los ángeles malos de Adonai, y una vez vencidos, te conducirá al Edén, y la blanca águila de Paymon te transportará á Oolis.

Dicho esto, desapareció.

Mientras tanto, Asmodeo se acababa de poner en pie, y flotando sus catorce legiones á poca altura de la tierra, manteníanse como en expectativa, listas para combatir, pero atumultadas dando muestras de la impaciencia con que esperaban la señal para el combate. En nada perjudicaba á la claridad del día aquel considerable número de legiones, sin embargo de que, como se sabe, cada una de las del ejército de Lucifer se compone de 6666 demonios; sino que ántes bien despedían de sí rayos de refulgente luz.

Cuánto era mi júbilo ¡ay! de tener á mi lado tan hermosa compañía....!

Acércóse á mí apresuradamente Asmodeo, y con el mayor respeto me dijo:

—Diana, os vamos á llevar con nosotros; pero no temais, que ningún peligro corre vuestra existencia. La protección que el Dios-Rey Lucifer os dispensa os hará invulnerable corporalmente mientras dure la batalla que se va á librar entre los espíritus buenos y los malos, y que en breve presen-

ciareis. Os colocaré en el centro de mis legiones; no os alarmeis.

—¡Oh, mi querido Asmodeo! creedme que ningún temor abrigo. Toda mi pena está en ser corporal, y deber limitarme por lo mismo á ser simple espectadora....

—¡Cómo! ¿querriais tomar parte en el combate de los espíritus?

—Si tal cosa es posible, es mi mayor deseo.

Entónces, rápidamente describió en el aire tres círculos con su espada de fuego Asmodeo, y en seguida un triángulo que encerraba á los tres círculos, signo que duró en el espacio brillando como un áscua, á tiempo que oí la voz de mando de los catorce jefes de legiones, que venía á juntarse con la de Asmodeo, gritando todos con un solo clamor formidable:

—¡Baal-Zebub!... ¡Baal-Zebub!... ¡Baal-Zebub!

Por instantes apareció en el vacío, cual si hubiese sido la respuesta mágica al llamamiento de los demonios, un inmenso signo de fuego cuyos rasgos tenía yo bien conocidos, por haberle visto en los rituales paláúicos en poder de mi padre, y ese signo era la firma de Baal-Zebub, el Generalísimo de los ejércitos del Dios Bueno.

Allí estaba, pues, aunque invisible para mí, Baal-Zebub.

—¿Qué pides, Asmodeo? preguntó el virrey de os cielos que no se exhibía, con voz estrepitosa como la de un clarín.

Asmodeo extendió su espada hacia la firma que seguía fulgurando, y díjole:

—Espiritualiza á mi desposada, que quiere combatir.

Entónces se confundieron el signo de Asmodeo y la firma de Baal-Zebub hasta formar una bola de fuego, la cual precipitándose sobre mí, me tocó la frente, penetró en el cráneo, y en ese momento ya no sentí cabeza.

En el acto comenzó para mí otra vida. Parecíame no tener ya ni peso ni volúmen. Era mi cuerpo espiritual, aéreo, flúidrico. Crecía yo á voluntad, engrosaba, disminuía de tamaño y desaparecía yo del todo, para volver á aparecer en seguida. Era yo de fuego vivo. Despedía en cierta manera una especie de electricidad sobrenatural, y era yo misma esa electricidad.

—¿Estais satisfecha, querida Diana? me preguntó Asmodeo.

—¡Sí, sí, ardo en deseos de combatir! ¡Vamos, vamos! ¡A lós maleakhs!

Transformada estaba yo en demonio; así á lo ménos lo creía, como estuve creyendo tambien largo tiempo en la realidad de aquella ilusion diabólica. ¡Haber sido demonio, haber sido espíritu del fuego, haber vivido unas horas lo que llamaba yo vida celestial!... ¡Oh qué sueño!

Y héme ahí cruzando instantáneamente el espacio con Asmodeo, y volando con él á la cabeza de las catorce legiones.

—Situao en el centro, me repetía.

—No, no, que soy digna de ocupar la primera fila. Ved esta espada de fuego que vino á mi mano ignoro cómo; ved esta llama que arde sobre mi cabeza; ved mi cuerpo fluido con proporciones colosales. . . . Espíritu de eleccion soy, y venceré al frente de vuestras valerosas huestes. . . . ¡Adelante! ¡Vamos, vamos! ¡A los maleakhs!

Acabábamos de acercarnos al Edén. Yo veía á los maleakhs formados en gruesas y numerosas filas que rodeaban el inmenso jardín, más grande aún que Pekin, Lóndres, Paris y Nueva York juntos, formando un cordon de defensa largo y monstruoso. Ilustrado ya mi entendimiento, expondré más adelante la interpretacion que doy á lo que vi entónces, y la explicacion que me hago de la infernal comedia representada aquel día para engañarme. Permítaseme por ahora referir de nuevo la aventura en los términos errados de los paladistas, que despues será más incisiva la explicacion que diere yo para rectificar.

Los maleakhs ó espíritus maléficos, los malos genios de Adonai, aunque siendo para mí lo que los queridos ángeles para los católicos, no eran tales como éstos se los representan, sino que los veía yo como los describe la ortodoxia católica, horriblos, repulsivos, abyectos, dragontinos, de amarillenta ó verdosa faz teñida con el color lívido de los coléricos, de cuerpo retorcido, cola ridícula, largas y aguzadas orejas que les sobresalían de la cabeza; de grotesco, deforme y ruin aspecto. Agitábanse y bullían, y trepábanse unos sobre

otros. Algunos no se reducían más que á una cabeza como incrustada entre dos aletas de fantástico murciélago, con una bolsa suelta ó floja que les colgaba del cuello é iba á rematar en un rabo de colosal sanguijuela. Otros tenían muchos brazos y piernas, dos, tres ó cuatros vientres, enorme y puntiaguda joroba cubierta de escamas que despedían un olor hediondo, con un agujero triangular por toda nariz, del cual les escurría una baba, lo mismo que de la boca, dejando ver ésta unos garfios ó colmillos podridos, colocados sin regularidad. Todo aquel horroroso conjunto de monstruos aullaba, gruñía y se mostraba amenazador. Nuestros demonios eran, en cambio, espléndidos ángeles que irradiaban luz, miéntras que los tenebrosos maleakhs eran la realizacion de la más espantosa pesadilla.

Tales eran los que guardaban la entrada del Paraíso Terrestre.

Llegó por fin el momento de que se juntaran todos ellos para presentarnos la batalla con Zacariel al frente, quien todavía paréceme estar mirando pasar revista á sus negras legiones, y alentarlas para pelear contra nosotros.

—¡Por Lucifer que la victoria ha de ser nuestra! exclamó Asmodeo.

Debía ser su voz la orden para que se rompieran las hostilidades.

No bien escuchamos aquella exclamacion, lanzámonos contra el enemigo, y sin perder nuestra naturaleza espiritual, tuvimos formidables encue-

tros en que mutuamente nos atravesábamos al dar ó recibir cada empuje en aquella lucha sobrenatural, incomprensible para el entendimiento humano. Siéntense, cual si procedieran de verdaderos cuerpos, los golpes que se reciben; mas no por eso hieren. Arrancan los maleakhs troncos de árbol y rocas que botan sobre nuestras filas, hundiéndose por momentos algunos de ellos, quién sabe dónde, para reaparecer ya entónces con animales feroces, como tigres, cocodrilos, hipopótamos, que tambien botan aquellos sobre nosotros, manejándolos como si fueran piedras. Mas como semejantes fieras no son espíritus como nosotros, pronto quedan vencidas con el simple contacto de nuestras flamígeras espadas, llenando el aire, proyectiles vivientes ellos, de una espantosa zambra ántes de espirar á los golpes que les descargábamos.

La espada era la única arma con que combatíamos. Asmodeo y yo, que ni un momento nos separábamos, buscábamos principalmente á Zacariel, y cada vez que nos le encontrábamos, nos parábamos sobre él atravesándole de parte á parte con nuestra persona misma, como si nuestras espadas de fuego nos abriesen paso en él, poniéndose entónces á aullar de rabia, á rugir de dolor, por ser opuesta á la suya nuestra celestial naturaleza. Aquello era terrible.

Todo se reducía en el combate de espíritus, á que unos á otros se penetraran, tocándole sufrir al atravesado.

Cansados por fin, rendidos, vencidos los ma-

leakhs, se dispersaron dejándonos libre el campo.

No teníamos el propósito de ocupar el Edén; lo que se quería era llevarme á verle, una vez derrotados los maleakhs, pues tal se había manifestado la voluntad de Lucifer. Allí se situaron, pues, las catorce legiones de demonios para impedir al enemigo otro nuevo ataque. Escogió Asmodeo á treinta y tres de sus legionarios para que me escoltaran, y entramos por fin al Paraíso Terrestre.

Servíame de guía Asmodeo, quien se complacía en ir enseñándome todas las bellezas del lugar, donde no se conocen las nevadas del invierno. Millares de millares de pájaros de variado plumaje ricamente coloreado, gorjeaban por doquiera y cantaban desde la enramada, y ¡qué armonía tan dulce la de su canto! Las flores más lindas de la primavera ostentaban su profusion por entre los más ricos frutos del estío y del otoño. Reinaba la más completa concordia entre las diversas especies de animales que allí había: el faisán, de doradas y plateadas plumas, no conocía el espanto, y el soberbio leon, de luciente y limpia melena, jugaba con los graciosos bichos.

Maravillada contemplaba yo todo aquello.

Asmodeo me mostró la charca de donde, segun la leyenda apócrifa, sacó Lucifer al Adán imperfecto, creado por Adonai, mostrándome tambien el bosquecillo donde se apareció á Eva el Dios Bueno con el nombre de Eblis, y afectuosamente le expresó su deseo de que pusiera por nombre